

Elogio del copista

Juan Gomez



Capítulo 1

Elogio del copista

El copista, como los antiguos escribientes, transcribía textos siempre de otros y anotaba en los márgenes. Luego de un tiempo advirtió que también, inconscientemente, había construido especies de hypomnématas.

Dice Foucault que los "*hypomnémata*" eran cuadernos de notas personales. En ellos se anotaban citas de obras famosas, reflexiones, razonamientos. Constituían la memoria material de las cosas leídas, escuchadas o pensadas, un tesoro acumulado para la relectura y la meditación.

Reunían lo que se había dicho, lo que se podía escuchar o leer. Constituían un ejercicio que acompañaba el leer, releer, meditar, conversar consigo mismo y con los otros.

Servían, al decir de Plutarco, como ayuda para levantar ellos mismos la voz y hacer callar las pasiones como un amo que con una palabra aplaca el aullido de los perros.

Séneca insistía que la escritura como manera de reunir las lecturas hechas era un ejercicio de la razón que se oponía al gran defecto de la "*stultitia*", provocada por el exceso de lecturas y el pasar de un libro a otro.

Barthes sitúa al escribiente (al compararlo con el escritor) en una categoría meramente instrumental. El diccionario, más prosaico, enseña que escribiente es la persona que tiene por oficio copiar o poner en limpio escritos ajenos, o escribir lo que se le dicta.

Podemos, sin embargo, apartarnos por un momento de las definiciones para compartir algo menos pretencioso: el relato de un moderno escribiente, para siempre ignoto, al que estas modestas páginas intentarán resarcir un poco de su anonimato.

Para el caso del copista del que hablo, el tiempo que le dedicaba a sus transcripciones lo obligaba a interrumpir una cotidianidad de oficinista, callada y prolija, como si pudiera, por momentos, ponerla entre paréntesis. Para el que desde hacía ya veintitrés años, dos meses y trece días era el disciplinado segundo ayudante de auditoría de una Fiscalía de Investigaciones Administrativas de Santa Rosa, La Pampa, la suma de los años, desencantos y desamores, tan común a todos los hombres, habían hecho de las copias algo tan imprescindible como respirar. Sus anotaciones en los márgenes o a pie de página eran una fuga, una declaración de renuncia al mundo, su manera (la única, quizás) de

rebelarse.

Escuchó una vez en el trabajo a una mujer decir que para ella la verdadera realidad estaba en los textos que leía y no afuera. En esa ocasión ella misma le leyó, con exagerada teatralidad, el Poema 1968 de Julio Cortázar. De aquel poema recuerda siempre un solo pasaje: "aquí donde vivir tiene algo de armisticio o de interregno". Las transcripciones eran eso para él: una suspensión de las hostilidades con el mundo, intervalos de intensidad entre una eternidad de tedio, un salto con garrocha sobre los domingos por la tarde.

Se veía como un exiliado definitivo del mundo, para nosotros era un tipo raro.

Los libros que más le gustaban eran los que lo incitaban a seguir leyendo otros libros. Buscador eterno del asombro, era, sin saberlo, algo parecido a un heredero de aquellos estafalarios cómicos de Gustave Flaubert: Bouvard y Pécuchet.

Buscar hallazgos en los textos de a poco lo transformó en algo extrañamente parecido a un arqueólogo o un minero. Esa rutina, a veces tediosa, extenuante, hacía que pudieran pasar días, semanas, sin novedades. Pero la vez que un párrafo o un pasaje apenas lo conmovían, se desataba todo un acontecimiento. Cuando ya desfallecía de aburrimiento y de desesperanza, descubrir un par de renglones maravillosos le hacía sentir la misma fortuna que siente el minero que encuentra oro y de la noche a la mañana se convierte en un hombre rico.

Pero la sobrevivencia nos vuelve astutos. Aprendió a callar, a aceptar que su alegría fuera siempre secreta y fugaz. Las ideas, como todo, son mudables; aferrarse a los espejismos de las verdades es creer en el fondo de un anillo. Ocultaba sus descubrimientos por prudencia, por pudor, por falta de fe (¿será posible que nada valga la pena en este mundo?)

Podrán heredarse muchas clases de riquezas, de oficios y de condiciones pero ninguno como el que él había heredado: el camino extravagante y la locura de aquel par de cómicos patéticos, Bouvard y Pécuchet.

Con los años, el entusiasmo y la inconsciencia le fueron soltando la mano y transmutando la literalidad de las transcripciones originales en algunos atrevidos desarrollos al costado de las páginas. Pero tales desarrollos, en realidad, no serían más que formidables plagios filosóficos y literarios, intentos de reflexiones que no pasarían de ser balbuceos, confusiones y hasta desvaríos. Papeles seguramente intrascendentes, innecesarios y evitables para los demás aunque acaso no para el escribiente.

Quizás esas copias y esas notas al margen hayan sido su particular y única manera de llegar a reconocerse. Porque la experiencia de copiar

palabra por palabra un texto admirable, además de darle placer, modelaba la propia subjetividad del escribiente.

Veo en la íntima tarea del copista una apropiación, un reconocimiento, un mirarse en el espejo de otro. Y creo escuchar en cada una de sus copias un grito.

Esas copias, esas notas en los márgenes son eternas acometidas, sin esperanza, aunque sin desesperación, por alcanzar quién sabe qué, como si fueran inútiles mensajes en una botella. El escribiente, como todos los demás, (como todos nosotros), fue siempre un náufrago a la espera del milagro.

Sus transcripciones y sus notas al margen representan ni más ni menos que una picazón bien rascada. Si es imposible evitar el vómito cuando vienen las ganas, tampoco el copista podía evitar escribir para limpiar sus tripas, y casi siempre le daba asco el producido. Perdón por el enchastre.

Excurso.

Algunas especies de hypomnématas.

1.

herido,

de amor huido.

(Federico García Lorca)

El copista escribe en los márgenes:

Hemisferio sur. Es veintiuno de setiembre y un ruiseñor, con la garganta rota, huye, herido de muerte.

Una falta, una falla, una oquedad signa al hombre, que es lenguaje. Para el resto del universo, en cambio, no hay tragedia, ni terror, ni desesperanza ni metáforas; tan sólo silencio y un marchar mudo hacia la nada misma.

Vivir, un poco, es no entender nada, y yo no entiendo bien qué es, qué significa ser feliz. Aunque acaso, quién sabe, al fin y al cabo todo sea más simple, menos misterioso (y menos poético, también) que el puñado de relatos, ecuaciones y alquimias con que me acunaste. Y tal vez todo esto que te he dicho también sea innecesario, insustancial.

Pero escribir es lo único que se me ocurre ahora, papá, y es urgente, antes de que sea demasiado tarde. Una escritura contra el silencio, que es

la única muerte, la más definitiva.

(Yo, tu hijo, el monstruo.)

El hijo de Víctor Frankenstein. Última carta al padre. Fragmento final.

2.

"... todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito)." (Jorge Luis Borges. La Biblioteca de Babel)

Anota el copista:

Veintisiete, solo veintisiete signos, nada más. Podemos combinarlos hasta el hartazgo pero nuestra mente nos permite hacer con ellos sólo un número finito de permutaciones. Aunque la cárcel que habitamos sea tan grande que nunca lleguemos a tocar sus barrotes, una cárcel será siempre, fatalmente, una cárcel.

Pero yo no escribo, solo me ocupo de ordenar en el espacio palabras ajenas, como si fueran piedritas. Piedritas para jugar.

Por ejemplo pruebo ponerlas una detrás de la otra. Las separo, las vuelvo a juntar y otra vez las desordeno y escucho cómo suenan cuando chocan entre sí hasta que me gusta como quedan y entonces las dejo, calladas, quietas, expectantes. Pasa el tiempo y de vez en cuando las visito, para contemplarlas nada más.

O también me gusta verlas bailar, suspendidas en el aire, tan frágiles, tan sutiles, para, apenas un segundo después, estrellarse contra el piso y deshacerse en mil pedazos.

Porque yo no escribo, juego con piedritas. Es lo único que tengo, piedritas . Son pocas y todas prestadas o robadas. No importa, ahora son mías, ¿las ven?, ¿ven qué bonitas son?

3.

"Pertenezco, sin embargo, a esa especie de hombres que están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen. Lo esencial de mi vida, lo mismo que de mi alma, es no ser nunca protagonista" (Fernando Pessoa, Libro del Desasosiego)

(El copista, en este caso, no efectuó ninguna anotación al margen.)